Año XXIII 30 Agosto de 1914 Núms. 583-84

LA ACADEMIA CALASANCIA

FUNDADOR: REDMO. P. EDUARDO LLANAS, ESCOLAPIO: CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL ÍNDICE

Anverso de la medalla de oro donada por S. S. como premio para el Certamen Literario Nacional, celebrado por la Academia Calasancia

Su reverso lleva la siguiente inscripción:

Barcinon. Academ. Calasanct. MCMXIII.

¡EL PAPA HA MUERTO!

He aquí la frase lacónica que entre el fragor de una guerra fratricida y monstruosa ha llenado de luto y consternación a todo el mundo cristiano.

El Papa ha muerto. El Pontífice de la paz ha muerto cuando de todas partes se cruzaban declaraciones de guerra; el Papa del amor ha muerto cuando las más poderosas naciones de Europa estaban destrozándose en una lucha de odio fratricida; el Papa de la humildad ha muerto cuando ha resonado en Europa la voz de la ambición y del orgullo. ¡Ironía cruel de la historia humana!

El Papa ha muerto. El Papa ha muerto tal vez de pena, quizás de tristeza ante esa inmensa conflagración armada que tantas víctimas habrá de causar, que tantos males habrá de sembrar en esas naciones para él tan amadas, a pesar de sus ingratitudes, a pesar de los crueles sinsabores con que amargaron frecuentemente su paternal corazón.

El Papa ha muerto. El Papa ha muerto en esos críticos momentos en que su voz autorizada podía aún detener el brazo armado con palabras de cariño, con consejos de padre, con soluciones de concordia y quizás, quizás con una solemne amenaza de la ira de Dios sobre los pueblos que por un palmo de tierra, por un puñado de oro, por un sueño de orgullo y de ambición turban la paz del mundo y siegan en flor tantas vidas preciosas.

El Papa ha muerto. El Papa ha muerto y en sus piadosos funerales el estampido del cañón y el silbido de las balas y el fragor de las armas y los gritos de los combatientes y los quejidos de los moribundos se han mezclado en una confusión macabra y monstruosa con los serenos y pausados acentos del canto gregoriano que ante el sagrado cadáver han resonado como reveladores de una paz infinita y de una infinita compasión.

Todo el mundo, dando tregua al estupor y a la curiosidad causados por esta sangrienta hecatombe europea, ha dedicado a la santa memoria del ilustre Pontífice que acaba de fallecer, una fervorosa oración y un piadoso recuerdo; recuerdo y oración a que *La Academia Calasancia* se asocia con toda el alma mientras ruega a Dios se digne conceder a la Iglesia el Papa providencial que exigen las críticas circunstancias de los tiempos presentes.

RAFAEL OLIVER, Sch. P.
Director de la Academia

EL PONTIFICADO DE PIO X Y EL ORDEN INTELECTUAL

Ingenii maximi.

Para la mayor parte de las gentes el Pontificado de Pío X tiene relieve marcadísimo por su labor portentosa en el orden litúrgico, canónico, social y político, pero a duras penas se mentan las enseñanzas y doctrinas del llorado Papa en el orden intelectual.

Y, sin embargo, tienen ellas un valor grande, como no podía menos de suceder, dados los tiempos en que vivimos de verdadero trasiego de ideas.

Pío IX en su *Syllabus* y en el Concilio Vaticano marcó claramente la harmonía que debe existir entre la Fé y la Razón, y trazó la pauta a seguir para colocar fuerte dique contra los embates del materialismo y mecanicismo, filosofía dominante en el siglo XIX; León XIII, reforzó el generoso empuje de su antecesor, preocupándose de los adelantos científicos, y dictando reglas para que clérigos y laicos se dedicaran al estudio de toda clase de disciplinas, en la seguridad de que las conclusiones científicas serían nueva confirmación y aseveracion de los dogmas, y al notar que la filosofía cristiana se había estancado y que los doctores y escritores católicos no aportaban al campo filosófico más que pueriles disquisiciones y ridículos ergotismos, comentando a Santo Tomás de Aquino como lo hubieran hecho los escolásticos de la Edad Media, dió al neo-tomismo la fórmula a seguir: *Vetera novis augere*, y Lovaina, con el cardenal Mercier, fué la cuna de la nueva escuela peripatética cristiana, que ha restaurado aquella *perennis philosophia* respetada por todos los verdaderos amantes del saber, y que ha encauzado hacia el verdadero camino de la ciencia muchas manifestaciones de la moderna filosofía. Porque, como dice Sertillanges, la doctrina de Santo Tomás es un sincretismo unitario, que vive como todos los grandes sistemas filosóficos, teniendo dos vidas: la una eterna e inmutable; la otra temporal y variable.

Por esto León XIII escribió *Vetera novis augere*, y Pío X en su testamento pontificio, que de tal puede calificarse el *Mutu proprio* DOCTORIS ANGELICI, de 29 de Junio pasado, declara terminantemente autor obligado para los estudios teológicos y filosóficos a Santo Tomás de Aquino, y como libro de texto para las Universidades eclesiásticas y los Seminarios la *Suma*, prohibiendo con categóricas frases que se den grados académicos si no se ha estudiado la teología y la filosofía en las límpidas fuentes del Doctor Angélico.

«Tanto más, dice Pío X, cuanto que si la verdad católica se viese destituída alguna vez de esta poderosa ayuda, en vano, para defenderla, se buscarían auxilios en la filosofía cuyos principios son comunes o por lo menos no se oponen abiertamente a los errores del Materialismo, del Monismo, del Panteismo, del Socialismo y de los varios que encierra el Modernismo.»

Contra él dirigió Pío X su inmortal Encíclica *Pascendi*, de 8 de Septiembre de 1907, condenando a aquellos que «asientan como base de su filosofía religiosa la doctrina comúnmente llamada del agnosticismo», es decir, que «la razón humana encerrada rigurosamente en el círculo de los fenómenos... no posee la facultad, ni el derecho de franquear sus límites.»

Este admirable documento pontificio es suficiente para que la Historia proclame a Pío X, como un gran Pontífice en los albores del siglo XX, en los que si la ciencia ya ha desterrado los errores de la centuria pasada, sin embargo, tiene que luchar con otros nuevos que en el orden filosófico quieren introducir los modernos biólogos, materialistas de nuevo cuño, modernistas, cuyas doctrinas ha condenado Pío X, logrando con ello dos resultados, que son doble triunfo para la verdadera ciencia: primero, que muchos católicos, que simpatizaban con el modernismo, descubrieran sus solapadas intenciones y sofísticos argumentos y lo abandonaran por erróneo, y segundo, que acudiendo al mismo campo modernista, valiéndose de sus mismas armas se probara que, hoy como siempre, hay que encerrar cada verdad en su esfera respectiva, impidiendo que se invadan terrenos completamente distintos, y sobre todo, que la ciencia rechaza por ser contrarios a ella: la vana curiosidad «que si no se modera discretamente basta por sí sola para explicar cualquiera error»; la soberbia, que enorgullece y envanece a los pseudo sabios modernos de tal suerte que «por soberbia conciben de sí tan atrevida confianza, que vienen a tenerse y presentarse a sí mismos como norma de todos los demás... como si fueran los únicos poseedores de la ciencia y dicen orgullosos e hinchados: no somos como los demás hombres», y la ignorancía, que les hace rechazar lo que no conocen y carecen «de los argumentos necesarios para distinguir la confusión de ideas y refutar los sofismas».

De este modo señaló Pío X a los modernistas y anatematizó sus doctrinas y al hacerlo devolvió a la Ciencia su dignidad y probó una vez más que la Iglesia no es enemiga del progreso de todo orden científico, antes al contrario, que ama este orden y alienta a los estudiosos para que sin desmayos se dediquen con ahinco y constancia a destruir la ignorancia y a enriquecer el caudal de co-

nocimientos, sin petulancias de ningún género, ni excéntricas teorías, ni sentando cátedra con el atrevimiento de los ignorantes, sino con la humildad del sabio, que no desdeña lo viejo, antes bien en viejas ánforas vierte el vino nuevo, para que resulte más sabroso y sea delicado néctar para el espíritu.

El abuso de lo nuevo es una de las causas de nuestras miserias, y por esto hoy se proclama la vuelta a los sabios que nos precedieron, desde Aristóteles, y claro está que este retorno, no ha de ser, como afirma Gemelli, una simple repetición, sino un repaso, teniendo a la vista los modernos adelantos y los conocimientos de hoy, es decir, el *Vetera novis augere* de León XIII, de nuevo proclamado por Pío X.

El abandono de la Metafísica ha sido la causa de la bancarrota de la Ciencía, y por esto Pío X en los últimos días de su Pontificado escribió: «Así, pues, todos cuantos se dedican al estudio de la filosofía y de la Sagrada Teología, saben ya lo que les dijimos en otra ocasión: que se exponen a grave detrimento si se apartan en lo más mínimo de Santo Tomás, sobre todo en puntos de metafísica.»

La Santa Sede, en tiempos de Pío X, ha continuado siendo la maestra de las gentes, y no ha descuidado el orden científico al fijarse también en los otros órdenes de la vida cristiana.

La Ciencia debe gratitud a Pío X y ha de llorar y lamentar su muerte. Los que nos dedicamos al estudio hemos visto en el difunto Pontífice un maestro inspirado por Dios y un sabio conocedor de los errores modernos, para cuya refutación nos ha dado armas poderosas. Sea para él la gloria eterna.

COSME PARPAL Y MARQUÉS.
Presidente de la Academia

LA OBRA MAGNA DEL PAPA PIO X

Instaurare omnia in Chrisio.

El ideal que durante su Pontificado ha querido seguir el Papa Pío X, no ha sido otro, que el camino trazado por el Señor, eligiendo por divisa las célebres palabras de San Pedro: *Instaurare omnia in Christo.* «Restaurar todas las cosas en Cristo».

La Casa de Dios y sus ministros ha sido el objeto particular del cuidado del Papa. En efecto, reglamentó los estudios y vida colegial de los Seminarios de Italia; dictó programas y reglas de

educación religiosa; estableció grados académicos especiales a fin de excitar a los jóvenes sacerdotes al estudio de la Sagrada Escritura; dictó reglamentos particulares para los exámenes de los ordenandos en Roma, ya del clero secular ya del clero regular.

Con igual solicitud y paternal cariño, se interesó el Pontífice por la conservación de la fe en los pueblos cristianos, según lo atestiguan la Encíclica *Acerbo nimis*, 15 Abril 1905, y las cartas *Consilium illud*, *In litteris nostris*, documentos todos que patentizan la suma y trascendental importancia que da a la instrucción religiosa de los niños; obligando al propio tiempo a los sacerdotes a transmitirla a los adultos y estableciendo cofradías de doctrina cristiana. Y para que mejor pudiera enseñarse, formó el Catecismo único, que tanto contribuye a la uniformidad externa de la enseñanza religiosa.

Lleno de amor, el malogrado Pontífice, al Augusto Sacramento del Altar, invitó a que todos, sin exclusión de nadie, se acercaran a recibirle, no sólo el anciano sino también el niño, no sólo el fuerte sino también el enfermo, no sólo el alma inocente sino también la pecadora, porque abrasados sus pechos con el divino fuego lo comuniquen a las almas frías por la indiferencia y el pecado, convirtiéndose en almas fervorosas y amantes de Jesús.

Con razón a Pío X se le ha llamado el Papa de los niños, porque por su carta al cardenal Vicario (12 Enero 1905) se interesa con paternal solicitud a que se dispongan dignamente a recibir por vez primera la Sagrada Comunión, no sólo los niños sino también los adultos que aún no hubiesen hecho su primera Comunión.

En los Congresos eucarísticos recomendó eficazmente la Comunión frecuente y diaria a todos los fieles, sin excluir clase alguna, y al igual que la primitiva Iglesia, mandó fuesen admitidos a la divina Mesa todos los niños en llegando a los siete años.

Celoso del culto en la Casa de Dios y de la seriedad y severidad que deben revestir todas las funciones sagradas, el Papa Pío X dictó normas sapientísimas, en el tan célebre *Motu proprio*, encaminadas a que en todas las iglesias se siguiese el canto gregoriano, nombrando al efecto una comisión especial para la edición y revisión de cantos genuinamente litúrgicos, desterrando así anacronismos y enormidades, indignas no sólo de la Iglesia sino también del Arte.

Desde el primer año de su Pontificado se dedicó con gran empeño a la reforma de la legislación eclesiástica. *(De Ecclesiae legibus in unum redigendis motu proprio)* y a la codificación del Derecho Canónico, obra penosa y árdua a la cual ha consagrado todas sus energías el cardenal Casparri.

No podemos relegar al olvido la trascendental obra de reforma de las Congregaciones romanas, dirigiéndolas y encaminándolas a la más perfecta consecución de sus fines a que fueron instituidas, particularmente en estos últimos tiempos en que las exigencias son mucho mayores. *(Motu proprio quae Ecclesiae romanae; 28 Jan. 1904.)*

También la familia cristiana ha sido objeto de cuidado por parte del Papa; renovó la disciplina referente a los esponsales, por el decreto *Ne temere*, 2 Agosto 1907; prescribió normas especiales sobre el matrimonio cristiano, ya para los que se encuentran en países católicos, ya para los que se encuentran en países no católicos; y aprobó la Congregación, establecida en Roma, de Padres de familia para la defensa de la moralidad. (Carta apostólica, 18 Enero de 1906.)

La reforma del Breviario Romano, casi podríamos llamarla la última de las que el Papa llevó a cabo. Para tan importante y necesaria reforma, nombró una comisión, que desempeñó con gran interés y celo la obra magna que el Pontífice le había confiado. Coronando tantos y tan dignas fatigas el *Motu proprio*, publicado al finalizar el mes de Diciembre de 1911.

Todo lo hizo bien; oiga ahora el Pastor universal el aplauso de Cristo en el cielo, entre millares de bienaventurados, en medio de los cuales seguirá intercediendo por los tristes huérfanos que en la tierra deja con luto en el corazón y lágrimas en los ojos.

JERÓNIMO PUJADAS, Sch. P.
Administrador de la Academia

¡VÍCTIMA AUGUSTA!

Entre nubes de densas humaredas
alzadas de los campos de batalla,
al retumbar de roncos estampidos
del bélico cañón, que asuela... arrasa...
en luchas enconadas toda Europa,
ciega, orgullosa, tinta en sangre humana...
en medio de ese caos espantoso,
rugiendo alaridos de venganza,
una voz bondadosa y apacible,
que *paz* respira, que respira *calma*,

óyese, entre quejidos lastimeros,
salir de un corazón que a *todos* ama.
¡Fiero dolor! la voz se pierde... extingue;
ya sólo se oye el grito de la saña
que devora, destroza y aniquila,
confusa en la mortífera metralla.
Los hombres se odian; razas, religiones,
se confunden en hórrida amalgama...
Aires de rabia cruzan por los valles,
de rabia escupen olas encrespadas...
El signo de la paz desaparece
¡venganza y guerra! claman las montañas.
¡Dolor sobre dolor! postrer suspiro
al mundo enloquecido el *cisne* canta,
transido de dolor su noble pecho
lacerado en el fondo de su alma.
Pío clama, al mundo paz suplica,
mas el mundo desoye sus palabras,
y cantando la paz, que pide al cielo,
sucumbe entre fragores de batallas.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Negros, negrísimos crespones caen
sobre un sagrado cuerpo, falto de alma,
sobre una Iglesia huérfana, que llora,
sobre un montón de fratricidas armas.
El mundo llora: lágrimas tardías
vertirá toda la orfandad cristiana.
¿Así quedáis, sin Padre, en plena lucha?
¿Queréis la tierra más ensangrentada?
El Dios de la bondad, que al mundo trajo
la paz que vanamente éste no hallaba,
cerró sus ojos para siempre al *Pío*,
al Papa, cuya voz no fué escuchada.

. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .

Ante la perspectiva de hecatombes,
contemplando ruïnas hacinadas
y aniquilados pueblos florecientes,
flotaba de consuelo una *esperanza*,

una *luz* irradiaba entre tinieblas,
la intervención benéfica del Papa.
Se erguiría atrayente su Persona,
ganando a Sí y a Cristo tantas almas,
bendiciendo sonriente las naciones,
calmando tempestades y borrascas,
templando con su voz revueltos mares
y el rugir de pasiones enconadas.
Su voz de Padre se impondría a todos,
fallando con amor, que el orbe hermana.
Cesaria el fragor de rudas guerras,
brillando en horizonte la paz santa...
Mas ¡ah! la voluntad del Dios supremo
en flor segó tan dulces esperanzas
y los rayos del *Sol del Vaticano*
se eclipsaron... ¡cadáver era el Papa!
El mundo está abocado en el abismo...
¡Señor de los ejércitos! amaina
el temporal soberbio de los hombres
con el Iris de Paz y de Bonanza.

JUAN SELLARÉS, Sch. P.

PÍO X Y SU ACCIÓN CATÓLICO-POLÍTICA

Resulta labor harto dificultosa emitir juicio cerca de los hechos realizados y de la tendencia que en los mismos preside, si el que los hace se halla próximo al autor de los mismos. Y esta dificultad sube de punto cuando el espíritu se halla sumido en la pena.

Realmente, la muerte de S. S. Pío X causa dolor vivísimo, no sólo mirada desde el punto de vista que escuetamente a la personalidad del Papa se refiere, si que también y en este aspecto la contrariedad profundiza más, consideradas las circunstancias presentes.

Es una ley inmutable, producto de la protección prometida por Cristo a la Iglesia, la de que cada Papa se acomode exactamente al modo de ser de la época en que se desarrolla su pontificado. A la venerable figura de Pío IX, que no pudo ni ser vencido ni ser domado a pesar de que hubo de ver su independencia ultrajada, sucedió la grandiosa figura de León XIII, que encajaba perfectamente en el carácter social, exageradamente social de su tiempo. Y

aquellas sus encíclicas, derramadoras de paz, es indudable que serán el origen de este brillante progreso de Catolicismo Social que lenta y vigorosamente se nota en todo el mundo.

Pasó el apóstol de la dignidad pontificia, pasó también el de la Armonía Social; y apareció el Papa eucarístico.

Basta sólo considerar cuán justamente podrá darle la Historia semejante título para comprender cuál ha debido ser toda la política de Pío X, amor y paz que se traduce en todo, amor y paz irresistible, elevación del sentimiento, suavidad y dulzura, atracción y bondad.

Si se considera solamente la tendencia y la orientación que Pío X ha dado a la acción política de los católicos, se percibirán sin esfuerzo todas las incalculables ventajas de su política de mansedumbre. A la intransigencia manifestada por sus predecesores, ha sucedido una voz de concordia.

Pío IX y León XIII, llevados de un sublime sentimiento de dignidad, reproduciendo aquel admirable «*ni puedo, ni quiero, ni debo*» de Pío VII, prohibieron a los católicos italianos favorecer con sus votos a los candidatos a las diputaciones italianas; la impiedad progresó y casi acaparó la representación nacional italiana.

Mas Pío X, al declarar no ya la conveniencia, sino el deber de que los electores católicos apoyaran los elementos de orden, fuere cual fuere su significación política, provocó no ya una baja colosal en las ya antes nutridas filas del socialismo italiano, sino un inmenso aumento en la representación católica de aquel parlamento.

Recuerdo haber leído que cuando en los primeros años de su pontificado recibió Pío X la visita de un aristócrata vaticanista, el conde Lancellotti, al lamentarse éste de que las leyes italianas obligaran a uno de sus hijos a servir en el ejército del «usurpador de Roma», el Papa afirmaba que era una honra servir a la Patria y al Rey.

Las mismas disposiciones pontificias aconsejando a los sacerdotes españoles su alejamiento de toda lucha política, todo demuestra la suavidad, el amor y la bondad, que son las características de su modo de obrar.

Como consecuencia de ello se revela la tendencia del Catolicismo a intervenir en la acción política, de un modo decidido, pero creo yo que merced a las normas pontificias hay que repugnar todo criterio exclusivista, toda pretensión de monopolio religioso. Por eso, a no ser que circunstancias especialísimas lo requisieran, sería apartarse de ellas la formación de los partidos políticos católicos.

No tengo a la vista, al escribir este artículo, el material de

estudio necesario para profundizar en estas consideraciones. Baste lo dicho para concluir, en la creencia de que jamás como ahora pudo haber un criterio tan amplio y tan altruista en los movimientos políticos de los católicos.

Pasaron ya los mezquinos tiempos de «El liberalismo es pecado», para llegar a los en que debemos convencernos de la compatibilidad de los credos políticos en las doctrinas eclesiásticas.

La muerte del Papa ha sido sentidísima, tan sentida como inoportuna. El mundo entero le miraba con veneración y se esperaba de él una magna obra de regeneración.

El ambiente actual, de lucha y destrucción, no era propicio para su alma dulce y buena.

¡Acordémonos de él en nuestras oraciones y en nuestras obras!

JORGE OLIVAR Y DAYDÍ.
Vice-Presidente de la Academia

PÍO X Y NUESTRA PATRIA

Ante todo, debo preguntarme si cabe una marcada predilección del Padre Común de la Cristiandad hacia un pueblo determinado, tal como parece dejar entrever el título de este modesto homenaje. Racionalmente pensando, sería aberración admitir grados de diferencia en el amor paternal, máxime tratándose de quien, como el Pontífice, tiene la misión augusta de velar por la conservación de la fe en todos los pueblos poseedores de ella, y por la paz y caridad entre todos los fieles.

Pretender, pues, que Pío X tuvo inclinaciones especiales de afecto hacia España, en cuya intensidad pudiesen padecer los demás pueblos cristianos, sería inexacto.

No obstante, por lo mismo que el amor paterno, aunque llega a toda la familia, hace objeto de sus más tiernas inclinaciones al hijo que, observando las costumbres santas del hogar, guarda cuidadosamente la hon rabilidad de su apellido, así el Padre Común de la cristiandad mira con singular complacencia a aquellos pueblos cristianos que más esforzados se han mostrado en la reserva del tesoro incólume de la fe.

No nos ha de extrañar, pues, que al tratar del gobierno de Pío X sobre la masa católica de España, anote una serie de hechos y disposiciones que la favorecen muy singularmente, y denotan que el gran Pontífice apreció debidamente la profundidad y el arraigo

de las sanas creencias del pueblo español, mantenidas al través de la historia y en los difíciles tiempos del siglo que corremos. Porque, en efecto, la generalidad del pueblo español conserva plenamente sus convicciones religiosas, y todos los intentos sectarios y secularizadores, promovidos por minorías turbulentas y gobiernos desnaturalizados, han salido frustrados por completo, y contra ellas se han estrellado, tanto las campañas encubiertas con el falaz título de clericalismo, como las francamente hostiles a los principios y dogmas de la Religión sacrosanta.

Este tesón en defender lo que es inviolable, al traducirse sensiblemente, consoladoramente al espíritu de Pío X, debió contrastar siempre con las amarguras y quebrantos que le han acarreado otros pueblos, profundamente cristianos antes, hoy descarriados y seducidos por las predicaciones y ofrecimientos falsos de políticos y filósofos sin Dios y sin conciencia.

Ya, el llorado Pontífice, antes de ocupar el trono demostró en repetidas conversaciones su gran simpatía por España, a la que llamaba «el paraíso de la Teología y la nación de la fe». «Es el pueblo predilecto de Dios,—decía en una ocasión—porque es el que encarna la primera de las virtudes teologales».

Atestiguan esas augustas inclinaciones por la católica España, su discurso a los alumnos del Colegio Español de Roma en 1904, cuando los recibió en audiencia especial, discurso que constituye un himno entusiasta y alentador para nuestra patria; la carta de 1905 al Arzobispo de Sevilla sobre la unión de los católicos; su paternal intervención en 1906 con motivo de las disputas suscitadas entre los católicos españoles con ocasión de unos artículos acerca de elecciones, publicados en revistas católicas, las facultades extraordinarias que en 1909 concedió a los prelados de Cataluña con motivo de los sucesos de la semana trágica; la carta que en el mismo año dirigió al Cardenal Aguirre, primado de Toledo, sobre acción católica en España, y la reiteración que de sus normas hizo en 1912 con ocasión de los folletos publicados en Sevilla sobre la incompatibilidad del partido conservador-liberal con los principios católicos; la benevolencia con que acogió en 1911 los deseos del pueblo español en lo referente a la determinación de los días festivos de precepto; la prórroga del jubileo mariano que concedió en 1904 en favor de los peregrinos del Pilar; y tantas y tantas bendiciones y consejos alentadores, en momentos de esplendorosa manifestación religiosa y con ocasión de múltiples hechos en los que resplandece la virtud heróica de la caridad, o en los que tienen cabida las desbordadoras expansiones del fervor cristiano.

Mas también ha padecido su afecto hacia España, en momentos críticos en los que unos llamados gobiernos liberales nos abocaron a graves conflictos de orden religioso, pretendiendo derribar de un soplo toda la labor gigantesca de nuestros antepasados.

Uno de estos intentos fué el proyecto de ley de Asociaciones en 1906, que motivó la ardorosa campaña que dió al traste con tan disparatado propósito y derogó la Real orden del mismo año sobre el matrimonio civil.

Otro, se caracterizó por la suspensión de las relaciones diplomáticas con Roma provocada por el señor Canalejas (q. e. p. d.), y los anuncios de una nueva legislación secularizadora, aunque no pasaran de tales proyectos, porque se tuvo que emplear la energía persecutoria, no contra la Iglesia, sino precisamente contra esos elementos perturbadores, cuyo programa anticlerical, parecía se empeñaba en cristalizar desde el Poder el malogrado político cuyo nombre ha pasado a la historia, como sujeto de una grave lección dolorísima y terrible.

Otro, en fin, acude a la memoria entre burbujeos de sangre, polvo de calcinados escombros y cortejo de sacrílegos actos; el mes de Julio de 1909 es un negro borrón cuyos caracteres persistirán por mucho tiempo para delatar la ferocidad de sectarios elementos y para escarmentar a muchos católicos, desprevenidos e incautos.

Gracias a Dios, ni los aires que de la sectaria Francia se nos colaron en 1906, encontraron ambiente en nuestro suelo, ni los propósitos habidos en 1911 contrarios a la suprema autoridad del Pontificado tuvieron más efectividad que patentizar lo que son en realidad esos grupos perturbadores de la izquierda a los que tantos políticos se han supeditado; ni el fragor siniestro del chispazo de 1909, ha tenido otras consecuencias que la reedificación de conventos y templos, con sus obras múltiples de caridad arrebatadas al pueblo, por parte precisamente de este mismo pueblo engañado e inculto.

Es indudable que el *Non possumus* pronunciado solemnemente ante las sacrílegas exigencias de Francia, ha influído notablemente luego en la actitud de tesón y firmeza de los católicos españoles, frente a los plagiados intentos padecidos en nuestra patria.

¡Que la política de Pío X, sus enseñanzas, sus consejos, sus sabias medidas de gobierno continúen influyendo en nuestra vida colectiva, y que el recuerdo del gran Pontífice induzca a nuestra juventud, esa juventud que ha sido la avasalladora vanguardia de nuestro despertar católico, a entregarse a todos los sacrificios antes

que admitir el oprobio de la impotencia, a base de transacciones sobre lo que es sagrado e intangible!

Oremos para que, por la intercesión de Pío X, Dios otorgue tan señalado don a España.

JOSÉ CUENCA PÉREZ.
Presidente de la Sección de Estudios Económicos.

PÍO X

«Si la diócesis de Mántua no ama a su nuevo pastor, es señal de que no puede amar a ninguno, pues Monseñor Sarto es el más amable de los obispos.»

Palabras pronunciadas por Su Santidad León XIII al recibir en audiencia a Monseñor Sarto (Pío X, años después por la gracia de Dios) antes de hacer éste su entrada en la diócesis de Mántua, por donde fué preconizado obispo.

—... Pero el Papa, trabaja activamente para evitar la guerra...

Era esta la frase mensajera de esperanzas, llena de ilusiones, que pronunciaba el mundo todo, ante la inminencia de la actual espantosa catástrofe, cuando ésta empezaba ya a dar señales de vida en el claustro de la diplomacia.

Vendedores de periódicos, con su voz estridente y chillona, corrían por las grandes avenidas, por las calles, por los paseos de las ciudades, vociferando los primeros síntomas de la guerra; el público entre curioso e impaciente—con una mescolanza extraña de miedo, ante el temor de la catástrofe, y de curiosidad, ante la magnitud de los hechos—comentaba las últimas noticias recibidas, y entre todas ellas hallaron una, en la que se fijaron llenos de esperanza, los ojos de muchos hombres, los corazones de muchas madres.

S. S. el Papa trabajaba activamente, con febril energía, con juvenil denuedo sin descanso alguno, procurando a todo trance evitar la lucha, en cuya obra «daría su propia existencia para salvar la vida de tantísimos hombres como van a morir», soberbio ejemplo de abnegación, de acendrado amor a la humanidad, de caridad cristiana, de abnegado altruísmo...

La esperanza, la fe, renacieron en el corazón de todos en dulce maridaje. Nosotros, los católicos, los que siempre habíamos confiado en la labor del Sumo Pontífice; nosotros, los que tantas veces le habíamos hecho oblación de nuestros filiales respetos; nosotros, los que le admirábamos en sus obras, que le seguíamos en sus oraciones, que le obedecíamos en sus mandatos, siempre sabios, siem-

pre prudentes, siempre cristianos; nosotros habíamos depositado en él ahora más que nunca, toda nuestra confianza, impoluta, sincera, toda nuestra fe; nosotros le conocíamos y por esto en él esperanzábamos, porque estábamos convencidos de que si su cuerpo, ya octogenario, ya decrépito, hubiese podido sostener la grandeza de su alma; si su cráneo venerado hubiese podido contener su poderosa inteligencia; si la muerte fatal se hubiese retardado por algunos días tan sólo, no contemplaríamos ahora con horror, cómo hombres que son hermanos, que creen, que dicen creer en un Dios uno y verdadero, omniscente e infalible, veraz y bondadoso, atentan mutuamente contra el derecho de vida, contra la integridad de su cuerpo, contra las leyes de la naturaleza, combatiendo por lo que llaman ellos la grandeza de sus respectivas naciones.

Y aquellos que, faltos de fe, incapacitados mentalmente, negligentes o viciosos, descuidados o incrédulos, tantas veces habían desoído las bondadosas máximas de S. S.; los que, como Pedro a Cristo, le habían negado; los blasfemos; los que se habían momentáneamente olvidado de que eran hombres, no brutos, amedrentados por la pesadez de la catástrofe; faltos de la fortaleza de ánimo que sólo la fe proporciona, se azoraron, se hallaron náufragos en el mar de la vida, buscaron con los ojos abiertos, muy abiertos, el Faro salvador y lo hallaron en la figura sonriente y venerable, en la figura anciana y majestuosa a la vez, en aquella cara, de blancos cabellos y de bondadosa sonrisa, de S. S. el Papa Pío X; y los descreídos, los blasfemos, los incrédulos, recogieron de nuevo sus títulos de hombre que habían dejado caer en el fango, y ellos como nosotros, pusieron su fe toda, todas sus esperanzas en la labor del Pontificado.

Y entonces fué cuando el orbe todo, sin distinción de clases, sin distinción de religiones, sin distinción de nacionalidades, siguió anheloso, con interés sumo contemplándole como un ser superior, los trabajos árduos, difíciles, llenos de asperezas aquellas del Papado.

Los que estaban enterados del delicado estado de su salud, a raíz de la grave enfermedad que le aqueja hace algun tiempo, temieron—con motivo sobrado—que el peso de tan gran empresa fuera fatal para la naturaleza, ya cansada, de Pío X, pensando muy bien que sólo podía sostener semejante labor la fiebre misma del deseo de paz.

Desgraciadamente los tristes presagios tuvieron plena confirmación.

—Pío X se halla indispuesto, exclamaron los pueblos todos con

momentáneo desaliento.—Pío X se ha agravado en su enfermedad, dijeron los partes telegraficos de los periódicos.—Pío X ha muerto, exclamamos, y esta fué la frase terriblemente triste, trágicamente triste, con una tristeza que reverbera en las pupilas de todos, anegando los ojos en llanto, haciendo palpitar fuertemente los corazones, invadiéndonos la tristeza, dejándonos dominar por el desconsuelo y acordándonos de que somos hombres, queremos tener un momento de serenidad para que murmuren nuestros labios una triste plegaria para el alma de Pío X.

Después... la humanidad toda, llora, la lucha cruel la más grande de cuantas llenan las páginas de la historia prosigue con más fuerza y denuedo su mortífera labor, resemblándose las potencias al hijo pródigo que espera la muerte del padre para la malversión de sus caudales—y nos hallamos huérfanos en circunstancias bien difíciles, bien trágicas para todos.

Fué la vida del difunto Papa, una vida de sencillez, de humildad cristiana, de piedad para con todos, de oraciones y de trabajos de estudio y de ejemplo provechoso para los escépticos, para los descreídos, para los que creen que solo se logran los altos puestos, las altas dignidades, no con el estudio y el trabajo, sino con el padrinazgo y las riquezas.

A éstos parece decirles Pío X con el ejemplo de su vida: —Error, error, vedme a mí que, hijo de familia modestísima, sin riqueza alguna, he llegado al cargo más elevado que sobre la tierra existe. Estudiad, trabajad, educaos en el Santo temor de Dios y sacudid vuestra cómoda pereza.

En efecto, José Sarto, nació en Riesse, pequeña población inmediata a Venecia, el 2 de Julio de 1835, hijo de un cartero rural que con el producto de su trabajo tenía que subvenir a las necesidades de su familia, compuesta de mujer y nueve hijos, educándolos todos ellos e infiltrando en sus corazones las virtudes cristianas y la piedad católicas.

Estudió José Sarto en la escuela primaria de Riesse y su padre, satisfecho por su comportamiento, le envió a la superior de Castelfranco, en donde dió pruebas de piedad, tantas, que mereció la protección del párroco de Riesse, quien le preparó para la primera comunión; enseñóle rudimentos de Latín, ingresando poco después en el seminario de Treviso, siendo calificado siempre por sus maestros *de ingenii maximi, memoriæ summæ.*

En 1850 obtuvo una beca en el Seminario de Padua, vistiendo el hábito talar por vez primera. En 1858 fué ordenado presbítero por el Obispo de Treviso, Monseñor Farina; vicario de Tómbolo

poco tiempo después; arcipreste de Salsano en 1866; más tarde canónigo en la catedral de Treviso, asociado al ministerio episcopal por el obispo monseñor Zinelli, nombrándole secretario general confiriéndole la dignidad de chantre y, finalmente, Rector del Seminario de Treviso. En 1884 fué preconizado obispo de Mántua. Cardenal en 1893 y a la muerte de S. S. el Papa León XIII, el Cónclave cardenalicio elegió nuevo Papa en la persona del cardenal patriarca de Venecia, José Melchor Sarto.

Tal fué su vida, tales fueron sus méritos, tales fueron sus virtudes, que consiguió siempre atraerse la atención, la simpatía y la protección de sus superiores; cuando párvulo en la escuela primaria de Riesse, del párroco de la pequeña población; cuando adolescente, de sus catedráticos, de sus profesores del Seminario; cuando hombre, del obispo de Treviso monseñor Farina; de sus superiores en 1866; de monseñor Zinelli al asociarle a su ministerio episcopal, y, finalmente, logró se fijasen en él las miradas de la más alta dignidad eclesiástica, del sucesor en la cátedra de San Pedro, de S. S. León XIII, quien al preconizarle obispo le alentó con las palabras que ya hemos citado.

Y si admirable fué su vida, si supo dar ejemplos maravillosos de estudio y de trabajo, de lenidad y de humildad, más admirables fueron sus obras, cristalizadas todas ellas en su portentosa labor.

En la Escuela superior de Castelfranco dió tan grandes muestras de piedad y de aplicación, que no sólo logró atraerse la atención de sus maestros, sino que fué estímulo eficaz para la aplicación de sus condiscípulos. Ya vicario de Tombolo, fueron tan grandes sus virtudes, tan maravillosos sus trabajos, tan loables los servicios prestados en bien del vicariato, que un biógrafo suyo le llamó muy acertadamente *misionero apostólico de la villa de Tombolo*.

Se recuerda aún en aquella villa por los viejecitos de nevados cabellos al rememorar las horas suyas de su juventud, el letrero puesto sobre la puerta de una habitación de la parroquia, en la cual se leía: «*Escuela nocturna del Vicario*».

Su labor en el vicariato fué, pues, en extremo fecunda; fué semilla lanzada a voleo en la mente de los jóvenes obreros, a los cuales enseñaba a leer y a escribir con un afán y un celo dignos de todo encomio.

Arcipreste de Salsano, además de muchísimas obras de piedad y de misericordia, en él ya características, se ocupó activamente —con aquella su actividad que lograba atraerse la simpatía de cuantos le trataban,—en resolver el problema de la emigración italiana.

Su casa—dice a este propósito un colega local,—*era el secretariado de información para cuantos se sentían acometidos por el miedo del vivir.*

Como rector del Seminario, como obispo de Mántua, como cardenal y patriarca de Venecia, como romano jerarca, en fin, fué tan grande su labor, fué tan portentosa, fueron tan maravillosos los resultados de aquella gran inteligencia, puesta al servicio de grandes, de titánicas obras, que obligaron a sus superiores a alabarlo, a sus iguales a procurar seguir su ejemplo, y a nosotros—sus inferiores—a bendecirle, a rogar por él en nuestras oraciones.

Dios no quiso sufriese su alma, se torturase su espíritu contemplando los horrores de la actual tragedia; y le plugo al Rey de los reyes y Señor de los señores, llamar a Pío X para llevarlo a su lado, desde donde intercederá todavía por nosotros—concluyendo muerto la obra que empezó vivo,—demandando la paz del Señor para el resurgimiento de los pueblos.

¡Pio X ha muerto! Anéganse nuestros ojos en llanto, reverberan tristemente nuestras pupilas, invádenos la añoranza, palpitan más fuertemente nuestros corazones, nos dejamos dominar por el desconsuelo, y, acordándonos de que somos hombres, quisiéramos tener un momento de serenidad para poder susurrar nuestros labios quedo, muy quedo, ferviente plegaria para que el alma del que fué en vida padre amoroso de toda la cristiandad descanse eternamente en la paz del Señor.

Que así sea.

FRANCISCO SALA ROVIRA
Secretario del Cuerpo de Redacción.

EL PAPA HA MUERTO

De aquel viejecito bueno y blanco, sobre cuya frente el dedo de Dios trazó un designio; de aquel viejecito que seguía en sus últimas horas con angustia infinita la lucha cruel y absurda, con que la Ambición enlazó en abrazo mortal a los pueblos de Europa, solo queda el recuerdo.

Tal vez la voluntad de Dios lo atrajo a sí, tal vez la inhumanidad de los hombres, el frío egoísmo de los que cifran el triunfo en hacer suyo un trocito de mapa, lo empujaron hacia El.

La figura de Pío X, todo modestia, todo cultura, no se borrará fácilmente de la memoria del que le estudió durante los años que estuvo al frente de los católicos del mundo.

Estudiado friamente, sin apasionamiento en su favor, ni en su

contra, admiraba la idiosincrasia del sacerdote que llama al poderoso su hijo y al miserable su hermano. Hay en su política y en todos los momentos de su política una fuerte visión de la realidad sin lirismos inadaptables ni escasez de conocimiento de la vida.

En el profundo conocimiento de los hombres, de lo que de humanos llevamos todos dentro mal que nos pese, era un perfecto sucesor de aquel gran Papa León XIII.

Y este viejecito bueno y blanco, sobre cuya frente Dios trazó un designio, ha inclinado su cabeza tonsurada y de nieve para murmurar el respeto al bien ajeno, a la vida ajena... para desear el amor universal, mientras unos millones de hombres enloquecidos, arrastrados por la pasión destruyan haciendas, invaden fronteras y hunden sus armas en los cuerpos de sus hermanos que caen sobre la tierra fertilizándola con la sangre que surge del corazón desgarrado y que cabrillea al sol mientras crepitan sus glóbulos en canción de cobardía...

P. VILA SAN-JUAN.

A LA MUERTE DE S. S. EL PAPA PÍO X

¡Ha muerto Pío X! El orbe entero
transido de pesar lo sabe, y calla,
—porque el dolor, cuando el dolor es grande,
encuentra lloros, pero no palabras.—

¡Ha muerto Pío X! Lo anuncia el eco
de Roma, que gimiendo de nostalgia,
nos lleva los acentos más agudos
que embargan de tristeza nuestras almas.

Los católicos todos se emocionan.
La noticia fatal el viento canta;
la anuncian nuestros rezos fervorosos,
y al aire lo pregonan las campanas.....

¡Oh verdad poderosa de los siglos!
Llora la Iglesia, porque ha muerto un Papa,
y los fieles entonan sus lamentos,
y suben a los labios las plegarias.

Y era bondad, una bondad extrema,

Y era todo cariño, todo alma,
humilde, como oveja la postrera,
laborioso, como abejilla santa,
piadoso, cual la piedad de un justo,
corazón de inspirado, alma de plata.

El cristiano leal, aquel que siente
las verdades más grandes, las más altas,
el que teniendo a Dios por guía y norte,
péñola empuña, y con fe trabaja,
no ha de callar ante el designio airado,
que al golpe del azar, nos arrebata
una vida tan pura y tan querida.....
Por eso de pesar el alma estalla.

Y mi lira, me aporta los más tristes
acentos, que jamás nadie pulsara,
y nimba mis ideas luminosas
con un velo de duelo que me embarga.

¡Saudade del designio!
Llora el mundo.
El universo gime... ¡Ha muerto el Papa!
lo anuncian nuestros rezos fervorosos,
y al aire lo pregonan las campanas.

¡Verdad suprema!
Pero tú, cristiano,
hunde al polvo tu frente, mira y calla,
—perdimos al más justo de los hombres,
siente el dolor vivísimo en tu alma,—
porque el dolor, cuando el dolor es grande,
encuentra lloros, pero no palabras.....

MIGUEL SERRA Y BALAGUER.
Secretario de la Sección de Publicaciones.

LABOR APOSTÓLICA DE S. S. PÍO X

El primer documento de Pío X fué el publicado en 4 de Octubre de 1903, empezando con las siguientes palabras: «E supremi apostolatus.»

Reforma del canto y música en la Iglesia, *Motu proprio*, 22 de Noviembre de 1903.

Carta del 7 de Diciembre del mismo año, concediendo indulgencias extraordinarias con motivo del cincuentenario de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción.

Breve de 6 de Noviembre de 1903, encaminado a la unión de los católicos italianos.

Motu proprio sobre la acción popular cristiana, 8 de Diciembre de 1903.

Carta encíclica *Ad diem illum*, 2 de Febrero de 1904.

Codificación de las leyes eclesiásticas *Motu proprio Arduum sane*, 19 de Marzo de 1904.

Motu proprio Inter multiplices curas, 21 de Febrero de 1905.

Carta al Cardenal Svampa, referente a los «Demócratas cristianos independientes» de Italia, 1 de Marzo de 1905.

Encíclica sobre la enseñanza del Catecismo, *Acerbo nimis*, 15 de Abril de 1905.

A los Obispos de Italia, encíclica *Il fermo proposito*, 11 de Junio de 1905.

Poloninœ populum, encíclica del 3 de Diciembre de 1905.

Al pueblo francés, encíclica, 11 de Febrero de 1906, *Vehementer Nos*.

20 de Febrero de 1906, carta apostólica *Inter catholicos*, dirigida al Obispo de Madrid.

Encíclica al episcopado polaco, 5 de Abril de 1906, *Tribus circiter*.

Motu proprio Dei providentis, por el cual se prohiben nuevas fundaciones de Congregaciones religiosas sin autorización y aprobación de la Santa Sede, 16 de Julio de 1906.

Encíclica a los Obispos italianos sobre acción popular, 28 de Julio de 1906, *Pieni l'animo*.

Encíclica *Gravissimo officii*, 10 de Agosto de 1906, dirigida al pueblo francés.

Al Cardenal Ferri, arzobispo de Milán, y a los Obispos de Lombardía, carta *Communis epístola*, sobre el Modernismo, 12 de Julio de 1907.

Carta *Summa Nos*, a Monseñor Commer, profesor de la Uni-

versidad de Viena, sobre los errores de Schell, 14 de Junio de 1907.

Condenación del Modernismo por la encíclica *Pascendi Dominici gregis*, 8 de Septiembre de 1907.

Constitución apostólica, sobre la reorganizacióu de la Curia Romana, 29 de Junio de 1908, *Sapienti consilio*.

El día 2 de Agosto de 1907 publicó el importante decreto *Ne temere*, acerca de los esponsales y matrimonio.

En 4 de Agosto de 1908, hizo pública su famosa *Exhortatio ad Clerum*.

Carta encíclica *Communium rerum*, sobre la fiesta de San Anselmo, Obispo y doctor de la Iglesia, 9 de Abril de 1909.

Para celebrar el tercer centenario de la canonización de San Carlos Borromeo, publicó la carta encíclica *Editæ sæpe*, 26 de Mayo de 1910.

Promulgó en 20 de Agosto de 1910 el decreto *Maxima cura*, acerca de la amoción administrativa de los párrocos; llevando también a cabo la reforma del Oficio Divino.

Carta incíclica *Jam dudum*, protestando de la separación entre la Iglesia y el Estado portugués, 24 de Mayo de 1911.

Pruebas de su espíritu piadoso fueron los documentos pontificios acerca de la 1.ª Comunión de los niños.

También son dignos de nota, entre otros, los siguientes documentos: Encíclica a los Obispos de América, otra a los Obispos alemanes sobre la situación de los obreros; la célebre carta al Episcopado francés sobre *Le Syllon* y el reciente decreto sobre la reducción de fiestas.

Al poco de su elevación al Solio pontificio, promulgó una ley contra el veto civil en la elección de nuevo Pontífice; privilegio pretendido por algunos Estados de Europa.

Todo lo expuesto no es más que una brevísima recopilación del inmenso trabajo, que desde la Sede Apostólica ha realizado S. S. Pío X.

Sin duda alguna, su acción fecunda e intensa será perenne y duradera en la Iglesia santa de Cristo, y su Pontificado uno de los más prácticos, provechosos y brillantes para la Iglesia católica y su Historia.

BOSCH y VINYAS.

PÍO X Y LOS NIÑOS

Con mucho gusto publicamos el siguiente escrito, que revela el cariño del Papa Pio X por la inocencia, y que sacamos de la notable revista católica *La Sagrada Familia:*

«Es imposible leer la biografía del llorado Pontífice, especialmente en los años que ha regido la Iglesia como Supremo Pastor, sin que espontáneamente se nos ofrezca el tierno recuerdo del Divino Maestro acariciando a los niños. Jesús, todo bondad y mansedumbre, gozábase en verse rodeado de multitud de bulliciosos niños a quienes bendecía y prodigaba sus más tiernos afectos como plantas, las más apreciadas de su Corazón Divino.

Pío X, que ardía en el fuego del amor de Dios y del prójimo, como nos lo testifica su lema *Instaurare omnia in Christo*, a semejanza del Soberano Maestro, tenía predilección especial por la infancia, y bien podemos decir que su Corazón se le iba tras los niños como tras la suprema esperanza para salvar a la sociedad. Sentado en la silla de Pedro, con su penetrante mirada advierte con dolor, que el mundo moral se descompone; ve con profunda pena que la inocencia y piedad desaparecen de la tierra. Ante el cuadro desgarrador que presenta la moderna sociedad, recordaría sin duda el medio propuesto por el sabio ateniense, para atajar los vicios y desgracias que afligían a la República: separar las pepitas no inficionadas todavía y cultivarlas con esmero. Pío X vió que el único remedio eficaz para nuestra sociedad era salvar las semillas no manchadas, preservar los gérmenes de la futura sociedad, salvar a los niños, cultivar con esmero estas privilegiadas plantas a fin de obtener una sociedad creyente y vigorosa, a ello dirige sus más solícitos cuidados, y siendo la Comunión el medio más poderoso para la formación de la vida cristiana, abre las puertas del Sagrario a los niños y les invita a acercarse al Sagrado Banquete antes que la malicia haya tomado posesión de sus almas candorosas, seguro de que la Comunión sería más poderosa para la formación del niño que las lecciones de los más hábiles maestros.

Hasta nuestros días la Primera Comunión era considerada como la corona de la formación primaría y remate de la educación religiosa, siendo en realidad la base y el fundamento de las mismas, pues como dice sabiamente el P. Lacordaire: «No se puede calcular en la vida de un cristiano el efecto de una Comunión menos». Por eso el santo y amantísimo Pontífice rompe los tradicionales moldes y quiere que Jesús siente sus reales en el corazón de la infancia antes que el enemigo haya sembrado en ella los gérmenes de toda maldad.

Y es tal el interés que siente por los niños, que no se desdeña de entablar correspondencia con ellos; cosa admirable en un Pontífice, se complace en recibir sus cartas, gustoso da audiencia a las comisiones infantiles que van a darle gracias por el amor que les manifiesta. En aquellos momentos es cuando su Corazón de Padre daba a conocer todo el candor y sencillez de su alma y sobre todo el gran deseo de establecer el reinado del Señor.

«Mi deseo, decía a una comisión de niños franceses, mi deseo es que el amor de Cristo Nuestro Señor se apodere de tal manera de vuestros corazones, que os convierta en otros tantos apóstoles inflamados en el celo de su gloria. Y así seréis con vuestra conducta el consuelo y el tesoro más preciado de vuestras familias, que atraeréis con vuestros ejemplos a la frecuente recepción de la Sagrada Eucaristía.»

Muy digno de alabanza sería que en todas partes celebrasen los niños una Comunión en sufragio de nuestro Santísimo Padre, como digna correspondencia al amor que hacia ellos sentía.

Justo es, asimismo, que nos esforcemos en secundar sus deseos, para que, aun después de muerto, continúe viviendo entre nosotros por sus obras.

ANTONIO ABELLA, *C. R.*»

IMPRENTA EDITORIAL BARCELONESA, CORTES, 596. BARCELONA